

035. Santa Mónica

¡Qué mujer la que nos toca presentar hoy! Santa Mónica, la madre de San Agustín, es una de las figuras femeninas más queridas en la Iglesia. Agustín es un sabio y un santo apasionante. Y, después de Dios, que le dio una naturaleza riquísima, lo debemos a su madre Mónica, la cual se desveló para que ese su hijo no se perdiera y para que alcanzara la fe.

Todo lo que vamos a decir está tomado de Agustín, que, en el libro de sus Confesiones, elevó a su madre un canto que aún hoy nos hace vibrar de emoción con sus cadencias.

Mónica nace en el norte de Africa, y los cuarenta y seis años de su vida discurren a lo largo del siglo cuarto, pues morirá en el año 387. Su familia, con toda la cultura romana, es también cristiana hasta el rigor.

Mónica crece como una muchachita espabilada, cumplidora escrupulosa de sus deberes religiosos. Se casa muy jovencita, y el marido, bueno, pero pagano aún y muy violento, le hace pasar un matrimonio muy difícil. Aunque Mónica, dulce y muy inteligente, sabe disimular, tolera las infidelidades del esposo, y al fin se lo gana por completo. Las amigas no entienden. Todas ellas le muestran las heridas que reciben de sus maridos en casa, mientras le preguntan:

- *¿Y cómo te las arreglas tú?*

- *¿Queréis un consejo? Mucha bondad, y cuidado vuestra lengua.*

Mónica consigue al fin la conversión de su esposo, que recibe el bautismo poco antes de morir.

Viuda joven, tiene ahora una preocupación grave. Agustín, el hijo mayor, es un problema serio. Inteligente, apasionado, no aprovecha nada la formación cristiana que la madre le infunde. Ni quiere recibir el bautismo. Más bien, se queda en la secta de los maniqueos.

Va a estudiar el muchacho a la ciudad de Cartago, y allí hierve de pasión.

Brilla como nadie en los estudios, pero vive hasta la borrachera de amores, placeres...

Se enamora, y a los dieciocho años ya tiene un hijo. Hasta que un día le viene a la madre con la peor noticia:

- *Voy a despedir al puerto a un amigo que se embarca para Roma.*

La madre lo presiente todo. -*¡Este hijo me miente!*, se dice.

Y se va con él al puerto. Agustín le engaña, y es él quien se embarca dejando a la madre en el alojamiento en que ha pasado la noche. Pero Mónica no se rinde. Toma ella otro barco después, y en Roma busca al hijo por todas partes, sin dar con él. Le dicen que si está en Milán, y allá que se dirige esta madre incomparable.

Lo encuentra por fin. Dios, con su bondad inmensa, la estaba esperando aquí para darle la mayor de las alegrías. Agustín traba amistad con el obispo, el también imponente San Ambrosio. Agustín recibe el bautismo a sus treinta y tres años, y desde ahora va a ser un cristiano de excepción.

Mónica, desde este momento, no puede con tanta felicidad. Su hijo, una inteligencia de lo más genial que ha existido, instituye una especie de academia en las afueras de Milán, y allí se discute la doctrina, se estudia la Biblia, se ora, se vive el cristianismo a plenitud.

Mónica es la primera oyente, la que más se aprovecha de tanta sabiduría como allí se da tan de balde...

Sin embargo, Mónica quiere regresar a su tierra africana, y de camino llegan a las puertas de Roma.

Allí mismo, en el puerto de Ostia, le sorprende la muerte. La noche anterior, madre e hijo han tenido una conversación celestial, en intimidad inigualada, cara al mar y bajo el firmamento estrellado. Agustín nos la ha conservado en una página célebre de sus Confesiones, como oración dirigida a Dios:

- Desde la ventana que da al jardín de la casa, miramos una por una todas las cosas. Miramos hasta el cielo mismo. Y admiramos la belleza de tus obras, oh Dios mío. Desde ellas, nuestros espíritus se lanzaron hacia las alturas.... Y mientras hablábamos y caminábamos hacia aquella región divina, con un salto del corazón dimos en ella por un instante.

Mónica moría al día siguiente. La última recomendación a Agustín, fue enternecedora:

- Hijo mío, sólo una cosa me impulsaba a seguir viviendo: era el deseo de verte en el seno de la Iglesia Católica, antes de morir. Mi Dios me ha escuchado. ¿Qué hago ya en este mundo? Lo único que te pido es que, dondequiera que estés, te acuerdes de mí ante el altar del Señor.

El entierro fue un triunfo, nos dice Agustín, porque allí no había lamentos ni lágrimas. No se oían más que aleluyas y salmos de alabanza a Dios por aquella santa que así subía al Cielo...

Agustín regresó a Africa, se ordenó de Sacerdote, fue Obispo de Hipona y es el Doctor más brillante de la Iglesia.

¡Qué mujer, esta Mónica!

Agustín, en medio de sus errores y placeres, no olvidó nunca la educación que le dio su madre, y nos dice:

- Bebí el nombre de Jesús junto con la leche materna. La religión cristiana me fue metida hasta el fondo y me quedó impresa hasta la médula. En medio de mis errores, siempre conservé aquel amor al nombre de Jesús, la fe en la Providencia divina y la certeza de la vida eterna.

Recordando sus errores en la secta y sus amores prohibidos, que tanto hicieron llorar a Mónica, nos ha dicho con frase inmortal: *No se podía perder un hijo de tantas lágrimas.* ¡Qué sol de mujer esta Mónica! ¡Qué esposa y qué madre! ¡Qué santa tan querida!...